

sistir!.. pues yo bien claro hablaba en la mía... ¡eh! luego la leeré, no estoy para perder tiempo. ¡Francisco, Francisco!

ESCENA III

DON DEOGRACIAS, FRANCISCO

FRANC. Señor.

DEOG. ¿Y mi mujer y mi hija han vuelto ya?

FRANC. No, señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aquí ayer... tan elegante...

DEOG. ¿Sí, y qué?

FRANC. Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche; que ha oído decir qué sé yo qué cosa de ruina y pérdidas en el juego, y... venía asustado.

DEOG. Calla (¿él también lo ha creído?)—¿y se fué?

FRANC. Dijo que tenía una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué sé yo, pero que volvía al momento.

DEOG. ¡Bueno! pues ahora lo que corre más prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si están todavía en casa del barón de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aquí vienen ya, vete; ¡buena mosca traen!

ESCENA IV

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA

(Entran por el almacén, Francisco abre.)

BIB. ¡Jesús, Jesús, qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mi bolsillo. ¿Pero es posible que tú también?... pues si veías que yo no tenía fortuna ¿por qué te fuiste á jugar?...

DEOG. Esas reconvenções son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca había cogido un naípe; tú con esa maldita manía me has llevado al precipicio, porque era el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las esquelas impresas hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambígús, en que todo Madrid se ha reído de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el des-

precio de nuestros iguales, la indignación de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

BIB. ¡Pero qué! ¿estamos enteramente arruinados? no es posible.

DEOG. Ya te lo he dicho, hasta el almacén; en fin, no nos queda más que nuestra vanidad.

JULIA. ¡Ah, mamá, cuántas veces le decía yo á usted «no juegue usted!»

BIB. ¿Y qué, querías que yo no jugara? ¿qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fuí en este conflicto á casa del barón de la Palma; allí he escrito tres esquelas contando nuestra situación á la marquesa del Clavel, al barón de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro día ganaremos.

DEOG. Así empiezan los caballeros de industria.

BIB. Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V

DON DEOGRACIAS

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personajes, ¿qué me querría el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

«Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; ¿conque se ha creído que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya? Han variado las circunstancias, y estoy mucho más en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus faridos... etc., etc.»

¡Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ¡ah! si no se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, ¡qué ocasión! ¡qué carta! ésta se la achacaría yo á él, como escrita después de haber sabido nuestra ruina: ¡oh, cómo le maldeciría, y entonces qué ocasión de descubrirse! pero aquí están.

ESCENA VI

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA

BIB. ¿Quién lo había de pensar de tanta amistad?

DEOG. ¡Qué! ¿han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

BIB. ¡Oh! si nunca les hubiera escrito: mira tú, llamándome la marquesa del Clavel «la señora comerciante,» y el duque del Término: «dígame usted á la tendera,» y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. ¡Dios mío! ¡qué ignominia!

DEOG. Ya me lo figuraba yo eso...—(Esto va á las mil maravillas.)

BIB. ¡Infames!

JULIA. ¿Qué es esto que nos sucede?

BIB. Aun nos queda una esperanza.

DEOG. ¿Cuál? ya te entiendo; gracias á este escarmiento, ya pensarás con más juicio. Bernardo tal vez.

BIB. ¿Quién? ¿Bernardo? ¿vuelves á tu porfía? no ha de ser, no señor. El conde del Verde Saúco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

DEOG. ¿Quién? ¿el conde del Verde Saúco?

JULIA. (¡Dios mío! ¡en qué ocasión! yo le aborrezco.)

BIB. Ese es el único...

DEOG. (¿Qué es esto? ¿sí habrán visto al verdadero conde? él la quería, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y, como ya habían descubierto á Bernardo, le admitirían; él las obsequiaría; y esta última carta la escribiría después de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.)

BIB. ¿Qué piensas? ¿qué dices?

DEOG. Mujer, no quería hablarte de esto; pero mira una carta que acabo de recibir del conde. (No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.)

JULIA. ¡Dios mío! ¡añadir la infamia á la traición!

BIB. Ya no hay ninguna esperanza.

DEOG. (Me dan lástima; pero demos el último golpe.)—En fin, me parece que ya no queda más recurso que Bernardo; él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situación...

JULIA. ¡Ah, papá, nunca, nunca! Después del desaire hecho á Bernardo por el conde, se-

ría para mí un verdugo su generosidad; he sido engañada, lo confieso; pero esta situación en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazón, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

DEOG. Hija mía, ¿pero ese amor cuándo se formalizó? ¿de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.

JULIA. Papá mío, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor, recordándome mi ligereza.

DEOG. ¡Pobrecita!... (Mas Bernardo viene; ¡en qué ocasión tan mala!)

ESCENA VII

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA, BERNARDO

BERN. Familia desgraciada, hermosa Julia...

JULIA. Aparte usted, aun tiene usted atrevimiento...

BERN. Julia, ¿qué mudanza?...

JULIA. Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (*Le da su carta y la cartera.*)

DEOG. (Está loca; ¡pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.)

BERN. Julia, basta de ficción; esto no es mío.

JULIA. ¿No es de usted?

BERN. Ni soy el conde del Verde Saúco, ni nunca lo he sido.

BIB. ¿Qué dice?

JULIA. ¿Usted no?

BERN. Efectivamente, el conde verdadero del Verde Saúco es el dueño de esta cartera.

JULIA. ¿Quién?

BERN. El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

JULIA. ¡Papá!—¿Y usted quién?...

BERN. Yo soy el único Bernardo...

JULIA. ¿Usted?

BIB. ¿Usted?—Hombre, ¿qué dices?

DEOG. Sí, el señor; ¿pero qué, no lo sabías ya? ¿pues no me dijistes, mujer, que sabías que Bernardo estaba aquí? yo creí que habías descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponíamos.

BIB. ¡Jesús, Jesús! yo sueño.

BERN. Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que pueda quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde, á quien yo había citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Sólo,

pues, resta, Julia mía, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA. ¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERN. Me equivoqué; ahora conozco que no merecía usted esta ficción; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneración en mis bienes del mal trato de la suerte.

BIB. ¡Qué nobleza! ¡y qué vergüenza para mí!

BERN. Sólo apetezco que su mamá de usted...

BIB. Venga usted á mis brazos, noble joven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA. ¿Conque ya no tendrá usted desafíos, ni trampas, ni?...

BERN. Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará á ustedes...

DEOG. No hay necesidad, ven á mis brazos, Bernardo, hijo mío; llegó el caso de des-

cubrir el resto de mi plan: mi ruina es supuesta.

BIB. ¿Qué dices?

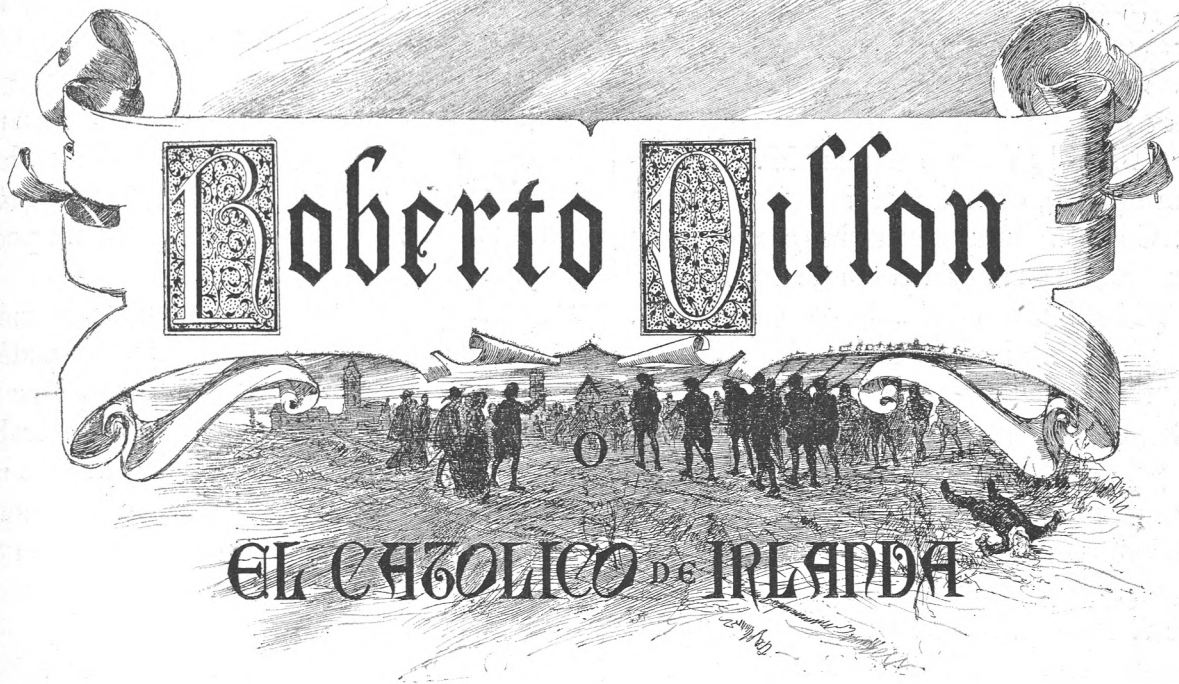
JULIA. ¡Papá!

BERN. ¡Supuesta!

DEOG. Sí, hijos míos; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi mujer; ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

BIB. ¡Ah! esposo mío, perdona...

DEOG. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y, á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesión cuando es honrosa.



MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

ROBERTO DILLON
 ANA DILLON, su mujer
 PATRICIO DILLON, su hijo
 ISABEL DILLON, su hija
 EDUARDO, amante de Isabel y amigo de Dillón
 DERMOT, enemigo de Dillón, hombre falso, vengativo, etc.
 Milord FITZ WILLIAM, diputado de la corona de Irlanda
 JORGE, criado antiguo

MARIA, su hija, criada
 MAURICIO, jardinero de Eduardo, prometido de María
 UN MOZO
 UN ASESOR
 UN MINISTRO
 UN OFICIAL
 UN CRIADO
 Jurados, amigos de Dillón, escribanos, alguaciles, guardia, pueblo, etc.

La acción pasa en Dublín, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, en el reinado de Isabel de Inglaterra. Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillón, y el tercero en una sala de las casas consistoriales

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardín de la casa de Dillón; un parapeto de unos dos pies de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta ésta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En el interior del jardín, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, enfrente de éste, un bonito pabellón de jardín, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA

JORGE, MAURICIO (Al alzarse el telón, Mauricio, con un envoltorio en la punta de un bastón, llega por la muralla y se para delante de la verja.)

MAUR. (*Forcejeando para abrirla.*) ¡Oiga! Este pestillo no se levanta: no parece sino que la verja está cerrada. ¡Diantre! ¡Ah! ¡toma! ya sé en qué consiste; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) ¡Señor Jorge, señor Jorge!

JORGE. (*De adentro.*) ¡Aquí está, aquí está! (*Sale*

del vestíbulo poniéndose el vestido.) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) ¿Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillón no espera á nadie y... Toma, toma, ¿no es Mauricio?

MAUR. Sí; soy yo, que estoy aquí.

JORGE. ¿Cómo? ¿Eres tú, muchacho?

MAUR. En persona, señor Jorge.

JORGE. ¡No es posible!

MAUR. Sí, señor. ¡Abridme, que os traigo buenas nuevas!

JORGE. ¿Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa y vuelve á salir.*)

MAUR. Daos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á María.

JORGE. (*Con una gran llave.*) ¡Pobre muchacho! Y María, que no le espera... (*Ríe.*)

¡Ah, ah, ah, qué contenta se va á poner!
 ¡Eh, eh, eh!

MAUR. ¡Buenas tardes! Señor Jorge, dejadme que os abrace.

JORGE. Ven acá, muchacho, ven acá. (*Se abrazan.*)

MAUR. ¡Eh, eh! ¿Y cómo está mi María, vuestra hija, eh, eh, mi novia?

JORGE. Como todas las muchachas cuando están esperando con ansia el día de boda.

MAUR. ¿Cómo? ¿Pues qué... tiene calentura, ó?..

JORGE. ¿Calentura? ¡qué! ¡Está más gorda que una mula, y contenta como unas pascuas! Ríe, canta y charla más que cuatro.

MAUR. ¡Eh, eh! ¡Pobrecilla! Pues á mí... señor Jorge, me sucede todito lo contrario: cuando estoy enamorado, me seco y tengo una cosa... ya se ve... va para tres meses que no he visto á mi María... Cuidado que es una buena temporada para estar uno... ¿eh?

JORGE. Ya se ve; pero primero es la obligación. Dejaste á tu futuro suegro para ir á cuidar á un pariente anciano y enfermo; hiciste una buena acción; pero tu ausencia no te ha hecho perder ni un tantico así en el corazón de mi hija: ella sabe que eres un buen muchacho, un excelente jardinero; y y sino ahí estaba el señorito Eduardo, tu joven amo, que se hacía lenguas de tí antes de marcharte á Edimburgo: ya sabes que fué á su casa á pedir á su familia su consentimiento para casarse con nuestra señorita. Mira, Mauricio, ten un poco de paciencia, y cuenta conmigo. Tu boda con María se hará al mismo tiempo que la del señor Eduardo con la señorita Isabel.

MAUR. En hora buena: no deseo otra cosa... ¡Qué feliz voy á ser!

JORGE. Ahora bien, ¿y esas buenas nuevas que me traes?

MAUR. ¡Toma! (*Tristemente.*) Mirad, la primera es que mi tío se ha muerto.

JORGE. ¡Ay! ¡Pobre hombre!

MAUR. (*Enjugándose las lágrimas.*) ¡Ah! ¡Yo lo creo! ¡Pobre hombre! Gracias á Dios, hace tres días que tuvimos la desgracia de perderle.

JORGE. ¡Lo que somos!

MAUR. Eso digo yo... ¡Caramba! ya se ve, no podía durar mucho desde que había dado en la flor de tener un ataque de apoplejía todas las semanas.

JORGE. ¿Apoplejía?

MAUR. Sí: los médicos dieron en sangrarle tanto

para que no se muriese, que no pudo vivir más. Y eso que... es preciso decir una cosa como otra; ellos llevaban ya la cura en muy buen estado, según decían, y era una gran cura aquella. Así es que ógalos usted; ¡ellos mismos lo decían! Sí, señor, que á no haberse muerto mi tío de este ataque, hubiera podido ir tirando algún tiempo más.

JORGE. ¡Mira tú que desgracia! Por un poco ya... y joven todavía.

MAUR. ¡Ya se ve! Setenta y siete años no más, que ha sido una compasión: ya os podéis figurar que no habré tardado en dar la vuelta á la ciudad. Como que me esperaba mi jardín y María, y vos mismo... Pero no está ahí lo mejor; hay otra buena nueva que no esperaba yo tan pronto. Llegaba yo por una parte, y estaba llegando el señor Eduardo por otra.

JORGE. ¿Qué dices? ¿Ha llegado el señor Eduardo?

MAUR. ¡Toma! Si le he dejado á una legua de aquí. Mauricio, me dijo, véte, y en estando allá avisa mi llegada á la familia del señor Roberto Dillón; díles tantas cosas, y que no tardaré mucho más que tú en estar á los pies de la hermosa Isabel, y que el corazón, y el alma, y... ¡qué sé yo cómo dijo! El alma... pues... en fin, por ese estilo...

JORGE. Sí... ¿Y te estabas sin darme esa buena noticia? ¡Qué alegría para mis amos! ¡Oh! aquí todos queremos á ese señor Eduardo. Vamos, vamos á avisar á todo el mundo. ¡María! ¡María!

MAR. (*De adentro.*) ¡Voy, allá voy!

MAUR. (*Conmovido.*) ¡Eh, eh! Es su voz... ¡Cómo me late el corazón! Señor Jorge, llamadla otra vez.

JORGE. Preciso será llamarla. ¡María! ¡María!

MAR. (*Lo mismo.*) Un momento, padre, un momento; me estoy poniendo el vestido de los días de fiesta para bailar esta noche. Ya me estoy acabando de vestir.

MAUR. ¡Eh, eh! decidla que no acabe: me gusta oír su voz.

ESCENA II

Dichos, MARÍA (*María sale muy despacio acabándose de arreglar el vestido.*)

MAR. ¿Qué sucede, padre, para tanta prisa? ¿Hay fuego?

JORGE. ¡Fuego, eh, fuego! Sí, señora, fuego.

MAR. (*Mirando al rededor.*) ¿Dónde? Pues...

MAUR. (*Escondiéndose detrás de Jorge.*) ¡Eh! ¡Qué guapota está!

JORGE. (*Cogiéndola del brazo.*) Vamos, ¿qué miras? Tonta, ¿qué haces? Mira aquí enfrente de tí, levanta la cabeza... allí... (*La coloca enfrente de Mauricio.*)

MAR. (*Palmoteando.*) ¡Ah, ah, ah! ¡Qué veo? (*Riendo.*)

MAUR. ¡Eh, eh! Estás viendo á tu novio, María.

(*María suelta una carcajada palmoteando de gozo, y Mauricio llora enternecido.*)

MAR. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué alegría!

MAUR. ¡Eh, eh! ¡Qué gozo!

JORGE. Eso es: llorad y reid como dos tontos, mientras que yo voy á alborotar á todo el mundo para anunciar la próxima llegada del señorito Eduardo.

MAR. ¿Llega el señor Eduardo? Corred, padre, corred: mientras que vos los avisáis, yo charlaré aquí con Mauricio.

JORGE. ¡No veo de gozo! Ciertamente parece que la Providencia nos envía á nuestro querido señor Eduardo en una ocasión como esta, en que tanta necesidad tiene toda la familia de consuelos... Hablad, hablad, hijos míos.

(*Va á quitar la llave de la verja, y entra en la casa.*)

ESCENA III

MAURICIO, MARÍA

MAUR. (*Mientras que María acompaña hasta la puerta á su padre.*) ¡Tanta necesidad de consuelos!..—¡María!

MAR. ¿Qué?

MAUR. ¿Qué quiere decir eso de consuelos? ¿Ha sucedido alguna desgracia en casa del señor Dillón?

MAR. ¡Ah! ¡Pobre Mauricio! Aquí no hemos tenido más que desgracias desde que te fuiste. Yo creo que nos han hecho á todos mal de ojo. Yo he dejado á mi padre marcharse solo, porque quería contártelo todo.

MAUR. Bien hecho, María: dí, ¿y qué ha sucedido?

MAR. ¡Caramba! ¡Muchas cosas, cosazas! Mira, lo primero y principal, el señor Dillón tiene enemigos en la ciudad.

MAUR. ¡Toma! Eso ya lo sabía yo, y mi amo también. Como el señor Dillón es católico, como dicen, y su familia también, y tienen su creencia y su religión, distinta de las demás gentes del pueblo, que somos protestantes... y como aquí desde esta última

persecución no creo que ha quedado más familia principal católica que ésta, creo que por eso la tiene entre ojos el lord diputado.

MAUR. ¡El lord diputado! Ya... ¿Y sabes tú lo que dice á eso el señor Dillón? Dice que en lugar de meterse en la conciencia del prójimo, más le valía al diputado, ya que es el primer magistrado, administrar la justicia como la reina manda, igual para todo el mundo, sin distinguir de personas, ni si este piensa así, ó del otro modo.

MAUR. Y que tiene razón.

MAR. Ya se ve: mira, Mauricio, tú y yo tampoco somos católicos, y con todo y con eso todos los días me acuerdo de mis buenos amos en mis oraciones; y si todos los que los calumnian viesan como yo su bondad y su dulzura, y el cariño que tienen á sus hijos, y luego aquella honradez en todas sus cosas, y aquella caridad con los pobres, yo te aseguro que bien pronto tendrían todos á esta familia por un modelo de virtudes, en lugar de mirarla como un objeto de escándalo, que así dicen por ahí.

MAUR. Anda, déjalos que digan.

MAR. Y luego hay más: mis buenos amos tienen otros motivos de disgusto. ¿Ya conoces al señorito Patricio, el hermano de la señorita Isabel?

MAUR. ¡Toma! El hijo del señor Roberto Dillón.

MAR. El mismo: muy buen muchacho.

MAUR. Y que sabe más que un doctor.

MAR. Yo lo creo, es la esperanza de la familia.

MAUR. Y bien, ¿qué le ha sucedido?

MAR. No se sabe nada.

MAUR. ¡Oiga!

MAR. Ya te acuerdas de que él era siempre un poco tristón... melancólico... pero eso no valía nada: ¡con todo y eso era tan amable con toda la familia! Pues bien, Mauricio, el señorito Patricio está desconocido.

MAUR. ¡Bah!

MAR. Lo que oyes. Desde que ha hecho amistad con un tal Dermot, un amigote del lord diputado, muy mal hombre, estoy segura de ello, porque su misma cara lo dice, es otro enteramente: yo, de buena gana creería que lo ha hechizado, Dios me lo perdone.

MAUR. ¿Hechizado?

MAR. ¡Vaya!

MAUR. ¡Bien podía ser! Ya se han visto casos...

MAR. Figúrate tú que no come, ni bebe...

MAUR. ¡Ay! De fijo. ¡Qué flaco debe estar!

MAR. En cuanto amanece sale de casa, y cuando vuelve se encierra. Siempre está triste, con una cara... Da miedo. Ya te puedes figurar cómo estará toda la familia; desconsolada. Darían cuanto poseen por averiguar lo que tiene.

MAUR. ¡Caramba! si estuviera hechizado...

MAR. Yo, mal haya si no creo que son cosas de ese maldito señor Dermod. ¡Picarón! La prueba es que él siempre anda escondiéndose para ver al señorito, temiendo encontrarle con alguno de la familia; y ¡luego tiene una cara de misterio y de mala intención!!!

(Dermod baja de la montaña, y viendo la verja abierta entra y se adelanta lentamente con cierta zozobra.)

ESCENA IV

Dichos, DERMOD (María prosigue hablando sin ver á Dermod.)

MAR. Mira, como soy me alegraría de que vieses al tal camandulón, con su mirar torvo, con su boca torcida, que parece que siempre se está riendo, con sus cortesías hasta el suelo, y en fin, con su facha de condenado, y de...

DERM. (*Deteniéndose á algunos pasos de María, y saludando en voz baja y con cierta dulzura afectada.*) ¡Buenos días, hija mía!

MAR. (*Volviéndose.*) ¡Ay!

DERM. ¿Qué es eso, María? ¿Me tenéis miedo? Pues creed que la pureza de mis desig-nios...

MAR. ¿Miedo? Sí, señor, algo hay de eso.

MAUR. (*Observándole.*) María, ¿es éste tu Dermod?

MAR. Sí; mírale bien.

MAUR. Le he conocido sólo con verle.

DERM. ¿Se puede ver á vuestro señorito?

MAR. Señor, yo no sé. Si queréis entrar en casa...

DERM. No, yo... yo... prefiero aguardarle aquí. Tened solamente la bondad de decirle que su amigo Dermod se ha prestado á sus deseos.

MAR. ¡Ah, es el señorito el que os busca! Voy á decirle que estáis aquí.

MAUR. (Y es verdad que tiene cara de pícaro.)

MAR. (*A Mauricio.*) Ven, Mauricio, ven: no quiero que te quedes solo con ese hombre.

MAUR. ¡Caramba! No, no, ¡Dios me libre!

(Coge su envoltorio y su bastón, y se entra con María en la casa.)

ESCENA V

DERMOD

El joven Dillón me ha enviado á llamar: esto es bueno. ¿Tendrá por fin el valor, ó bien la debilidad de ceder á las lágrimas de Hortensia, á los deseos de su familia, que obra sin saberlo por mis mismas sugestiones; y en fin, á mi ascendiente? Sí: ya hace demasiado tiempo que lucha consigo mismo: llegó el momento de sucumbir: no ha sabido sofocar su amor, y su amor triunfará: Dillón renegará de su religión: estoy demasiado interesado en ello para abandonar en estos momentos la victoria. Se lo he prometido al lord diputado, y he presenciado yo mismo su gozo. ¡Qué triunfo para él si pudiese, gracias á mis esfuerzos, atribuirse á los ojos del gobierno y de todo Dublín la separación de la religión católica del hijo de la principal familia de la ciudad, de la única rica que ha podido resistir á las persecuciones! ¡Ah! Este sería un golpe mortal para la familia de Dillón, la venganza más segura y más cruel que puedo tomar de ella. ¡Inflexible anciano! ¡Cuán lejos estás de sospechar que al cumplir con tu obligación, al denunciar ante los síndicos á aquel mercader extranjero que mantenía relaciones con el famoso pirata escocés, al hacerle expulsar ignominiosamente de este pueblo, sólo recayó sobre mí el efecto de esta medida; que aquel hombre no era sino mi agente secreto, y que por consiguiente me has cortado la fortuna más rápida! ¡Ah! Tu celo te costará bien caro. No hay enemigo despreciable. Yo te arrebataré á tu mismo hijo, yo consumaré tu desesperación, y ¡ay de tí si llego á encontrar una coyuntura, un pretexto para acusarte! Pero alguien se acerca: ¡ah! es el joven Dillón.

ESCENA VI

DERMOD, PATRICIO (Patricio se acerca lentamente con ademán triste y meditabundo.)

DERM. (*Observándole.*) ¿Qué significa ese aire taciturno y abatido? ¿Si me habré lisonjeado demasiado pronto? (*Alto, cogiendo la mano á Patricio.*) ¡Vaya! Querido amigo, aquí estoy ya; me habéis enviado á llamar. ¿Os habéis decidido ya á ceder?... ¿Llegó el caso de dejaros en los brazos de una familia que os ofrece la mujer más amable y más hermosa de?...

PAT. Dermod, os agradezco el interés que tomáis por mi suerte; pero, ya lo sabéis, la fortuna no es para mí; si alguna vez acaso llego á entrever la menor vislumbre de felicidad, sólo se me presenta rodeada de escollos y de precipicios, de obstáculos insuperables. ¡Ah! ¡Qué de esfuerzos he hecho desde los primeros años de mi juventud para lograr algún día esa dicha que no puedo comprar sino á costa del honor! Conmovido al oír las hazañas de nuestros guerreros, la gloria me deslumbró, y senté en mi interior el valor de los héroes. Una preocupación funesta, la diferencia de religión, que nos hace á los católicos de Irlanda viles esclavos de los reformados de Inglaterra, me obstruyó la carrera de las armas. Indignado de tan escandalosa injusticia, volví mis ojos hacia ese arte sublime, tal vez más poderoso que aquéllas, hacia esa elocuencia noble y enérgica que resuena desde el foro en todos los extremos del universo, que truena contra el error, que persigue el vicio y que combate la mentira á fuerza de luminosas verdades. La misma preocupación me arrojó con brazo de hierro del santuario de las leyes. Siempre, siempre la misma preocupación viene á cerrarme todas las puertas. Mi corazón se ha exasperado, y he llegado á aborrecer una existencia de que no puedo hacer el uso que me dicta mi albedrío. Los hombres han llegado á serme odiosos, y yo mismo no sé á qué extremo me hubieran podido conducir mi abatimiento y mi desesperación, cuando el amor vino de repente á llenar mi alma de un fuego nuevo para mí; creí hallarme trasportado á otro universo: Hortensia fué el ídolo de mis pensamientos, el principio de mi vida: ¡ah! conocí, no sin estremecerme, que esta pasión terrible iba en fin á decidir de mi suerte.

DERM. ¡Ah! Y por esta vez no hallasteis oposición; Hortensia os adora.

PAT. Sí; ¡pero también se ha levantado entre nosotros esa barrera fatal! ¡Sé perjuro, me dicen, y serás dichoso! ¡Cómo si pudiese aspirar á la dicha quien no se estima á sí mismo, quien no posee el aprecio de sus semejantes!

DERM. Querido amigo, ¡llamáis perjuro al abrir los ojos á la luz de la verdad, el?...

PAT. ¡Silencio! Dermod, respetemos mutuamente lo que nuestros padres han respe-

tado. Si uno de nosotros gime en el error, sólo Dios puede juzgar nuestra causa.

DERM. (*Algo cortado.*) ¿Con qué objeto, pues, me habéis llamado?

PAT. Ya sabéis que la familia de Hortensia me ha prohibido la entrada en su casa.

DERM. ¿Cómo? Ella os abre los brazos; vos sois el que os negáis...

PAT. Dermod, ¡todavía no desespero! No, el padre de Hortensia no puede desear mi muerte ni la desgracia de su hija: amigo mío, vos, que llevado de la piedad os ofrecéis á servirme de intérprete, en nombre de la amistad entregad sin demora esta



carta al padre de mi querida. (*Se la da.*) Ahí va mi última esperanza. Si rehusa mis proposiciones, no hay remedio para vuestro amigo.

DERM. ¿Qué le prometéis para lograr la mano de su hija?

PAT. Prometo, juro respetar la creencia de mi esposa, y respondo de que mis parientes participarán de mis sentimientos para con ella.

DERM. ¿Lo exigís, amigo mío? ¡Ah, cuánto más fácil sería y más seguro!...

PAT. Por Dios, Dermod, dispensadme mi flaqueza.

DERM. (Cederá, cederá; dejemos obrar al amor.) (*Alto.*) Voy á ver á Hortensia y á su padre: ¿dónde nos veremos?

PAT. En este mismo jardín.

DERM. (*Sorprendido.*) ¡Aquí!

PAT. Mi padre espera de un momento á otro á un amigo íntimo de toda la familia. Eduar-

do acaba de llegar, y yo no puedo separarme de aquí.

DERM. Basta: antes de una hora estaré de vuelta. (*Se oye ruido.*) ¿Qué es eso?

PAT. Es mi familia; retiraos. ¡Ah! Si mi padre llegase á saber mi flaqueza... Adiós, adiós, amigo mío; en vuestras manos encomiendo mi esperanza y mi vida. (*Dermod sale por la verja y sube á la muralla.*) Evitemos las miradas de mi padre, sobre todo las lágrimas de mi madre. Ocultémosles mis padecimientos. ¡Aquí están! ¿Dónde me esconderé? ¡Ah! Entraré en este pabellón... No puedo soportar ya ni su ternura ni su enojo.

(Entra en el pabellón, y Dermod desaparece á lo lejos en el instante mismo en que sale la familia de Dillón de la casa.)

ESCENA VII

DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARIA

ANA. (*A su marido.*) Ya lo ves, esposo mío, nuestro hijo huye de nosotros.

ISAB. Pero, madre mía, ¿qué tiene?

ANA. Isabel, tanto tu padre como yo lo ignoramos, absolutamente.

MAR. ¡Señor Dillón, señor Dillón! Mirad allá abajo el señor Dermod, ¡ese malvado que vuelve loco á nuestro señorito!

DILLÓN. María, te prohibo que hables en esos términos de un hombre á quien apenas conocemos, y á quien mi hijo trata como amigo. ¿Por qué has de suponer en él el designio de perturbar la tranquilidad de una familia de que no puede tener queja?

ANA. Verdad es; pero confiesa que esa amistad tan extraña...

DILLÓN. Me da que pensar, lo confieso: sin embargo, puede ser inocente, y es una injusticia acusar á nadie sin datos... Querida Ana, tratemos de volver á nuestro hijo al seno de unos padres que le adoran por medio de la indulgencia y de la ternura. Pocas reconvenciones sobre todo: es preciso no exasperar un corazón que parece tan próximo á cerrarse á los dulces sentimientos de la naturaleza.

ISAB. No lo creáis, padre mío, nunca ha dejado mi hermano de querernos.

JORGE. Si el amo quisiera hablar á su hijo, yo iría á mandarle...

DILLÓN. No, Jorge: ¡nada, nada de órdenes! Creería comparecer delante de un juez. Esperemos que él venga á hablar á su

padre; la llegada de Eduardo torna la esperanza á mi corazón afligido: la tierna amistad que le une con mi hijo tendrá tal vez más imperio sobre él...

ISAB. Sí, yo os lo aseguro: ya sabéis que Eduardo me da gusto en todo. Pues bien, yo le diré que es preciso que indague la causa de la tristeza de Patricio, y que le restituya á su familia si quiere verme feliz.

ANA. ¡Isabel! (*A su esposo.*) Roberto, no perdamos las esperanzas.

ISAB. Dices bien; recobremos la alegría para recibir á Eduardo.

MAR. Tiene razón la señorita, todo saldrá bien.

JORGE. ¡Ah! En cuanto á eso de recibir al novio de nuestra señorita, creo que tendremos función, algo de baile, y...

ISAB. Sí, madre mía, sí; ¡cuán agradable me sería sorprenderle!

JORGE. Se puede convidar á los amigos de la casa.

ISAB. Sí, para un baile: (*Cortada.*) digo, si mamá lo permite.

ANA. Dispónlo tú, querida Isabel; por hoy te cedo toda mi autoridad.

ISAB. ¿De veras? Pues bien, ya veréis el uso que hago de ella. María, Jorge, Mauricio, vamos, pronto, escuchadme todos, voy á daros mis órdenes.

JORGE, MAR. y MAUR. Aquí estamos, señorita, aquí estamos.

(Rodean á Isabel, quien da á cada uno sus instrucciones.)

ANA. (*A su marido.*) Y tú, ¿no saldrás al encuentro á Eduardo?

DILLÓN. Ya tengo dadas mis órdenes con esa misma intención. Efectivamente Eduardo no es un extraño para nosotros; ya es uno de nuestros hijos, y voy á buscarle para traerle á tus brazos.

JORGE. Está entendido, señorita; nada se olvidará. En primer lugar, María va á disponer el cuarto del novio. En cuanto á Mauricio, puesto que él dice que le agrada más, no hay más que poner una cama, como de costumbre, en ese pequeño pabellón.

MAUR. ¡Toma! Es la habitación del jardinero, y puede uno cantar por la madrugada sin miedo de despertar á nadie.

JORGE. En primer lugar, vuelo á convidar á la fiesta á todos los amigos de la casa, sobre todo á los más jóvenes, puesto que se trata de bailar. En cuanto á los preparativos de la función...

ISAB. De todo lo demás yo me encargo con María y Mauricio.

UN CRIADO. Señor, los caballos están prontos.

ISAB. ¡Hola! Padre mío, ¿vais á buscar á Eduardo?

DILLÓN. Sí, querida Isabel. ¡Qué! ¡ya estás toda turbada! Vamos, no pierdas tiempo, da tus disposiciones para la función. Hasta después.

JORGE. (*A quien María trae su bastón y su sombrero, mientras que un criado trae los suyos á Dillón.*) Vamos, vamos, no hay que perder tiempo.

ISAB. ¡Cómo me palpita el corazón!

(Dillón abraza á su hija, saluda á su mujer, y sale con Jorge y el criado. María y Mauricio se llevan á Isabel, que parece estar conmovida; Ana Dillón los deja salir, y vuelve sus miradas hacia el pabellón.)

ESCENA VIII

ANA, y poco después PATRICIO

ANA. ¡Preciosa Isabel! Al menos esa es feliz. ¡Ah! Si pudiera decir otro tanto de tu hermano... Está solo en el pabellón. Su padre teme preguntarle; tiene razón, y apruebo su modo de pensar; pero una madre no puede en ningún caso exasperar á un hijo: si yo lo llamase, ahora que todos están lejos...

(Mira si alguien viene. En el interin sale Patricio del pabellón, y cruza la escena como para entrarse en la casa.)

PAT. (*Viendo á su madre, y deteniéndose.*) ¡Dios mío, mi madre!

ANA. (*Volviéndose.*) Aquí está. (*Patricio parece titubear, y después hace un movimiento para alejarse.*) ¡Hijo mío! (*Se detiene, y parece no atreverse á llegar.*) ¿Ya no conoce mi hijo á su madre?

PAT. ¡Ah, madre mía! (*Cae de rodillas, cubriendo de besos sus manos.*) Perdonadme; soy culpable, soy muy culpable: ¡sé cuántas penas os causa mi conducta! No merezco vuestro cariño: soy acreedor al enojo de mi padre: son justas todas vuestras reconvenciones: nunca serán tan grandes como las que me hace mi propio corazón.

ANA. ¡Cruel! Tu padre no está irritado; yo no te dirigiré otras reconvenciones que estas lágrimas que se escapan de mis ojos; pero tú has llenado de amargura el corazón de tus padres: eras su única esperanza, y ya ha desaparecido.

PAT. ¡Ah! Tampoco yo tengo ya ninguna. Madre mía, Isabel no es culpable, no ha aci-

barado como yo vuestra felicidad. Apartad de un desgraciado vuestros ojos afligidos, y depositad en mi hermana sola todo el amor que repartís en el día entre los dos.

ANA. ¿Es decir, que no tiene á tus ojos precio alguno el cariño de una madre?

PAT. ¿No tiene precio? ¡Madre mía! ¿Habéis conocido mi corazón, y podéis acusarle de tan cruel indiferencia? Soy un monstruo, yo que hago correr vuestras lágrimas, y sin embargo daría mi vida por enjugarlas.

ANA. ¿Será cierto, hijo mío?

PAT. Si mi padre supiera cuánto le respeto, si supiese cuán encima del vulgo de los hombres le elevan á mis ojos su bondad y su virtud... Sin embargo, me cree un hijo desnaturalizado, y este corazón lleno de amor no sabe inspirar más que odio.

ANA. ¡Dios mío, qué idea tan cruel! ¿Nosotros aborrecerte? Mira á tu madre; contempla estas facciones alteradas por el dolor, estos ojos de tres meses á esta parte siempre llenos de lágrimas. Llega tu corazón al seno que te ha criado, y pregúntate á tí mismo si puedo aborrecerte.

PAT. ¡Cómo! ¿Mi conducta culpable no ha apurado todavía todo vuestro amor?

ANA. Nunca, nunca: el amor de una madre no conoce término. (*Patricio se inclina sobre la mano de su madre y la besa con entusiasmo.*) Sí, hijo mío, sí; te amamos siempre, te amamos tal vez más, y padecemos como tú con tus penas. Pero, ¡cuánto menos amargas nos parecerían si te determinases á descubrirnos la causa de ellas! Oyeme: ahora estamos solos, nadie puede oírnos; yo guardaré tu secreto, si quieres ocultárselo á tu padre.

PAT. ¡Santo cielo! ¿Qué exigís de mí?

ANA. ¿Tienes de nosotros alguna queja?

PAT. ¡Dios mío, tanta bondad me abruma!

ANA. ¿Estás descontento con tu estado presente?

PAT. ¡Mi estado! ¡Os suplico que no tratéis de penetrar en mi corazón! Yo os prometo que dentro de poco el triste espectáculo de mi dolor dejará de apesadumbraros; sí, mi suerte se va á cambiar, y hoy mismo.

ANA. ¿Qué quieres decir? Hoy mismo, ¿qué?...

PAT. Hoy se acabarán mis penas.

(Ana le mira con inquietud. Patricio oculta el rostro volviéndose.)

ANA. ¡Se acabarán tus penas, hijo mío!

(Se arroja en sus brazos, y le estrecha contra su pecho. Sale Isabel.)

ESCENA IX

ANA, PATRICIO, ISABEL

ISAB. (*Alegremente.*) ¡Mamá, mamá! Venid á ver... (*Repara en su hermano y se detiene.*) ¡Ah! Estáis con mi hermano. (*Poniéndose entre los dos.*) Parece que estáis conmovida, ¡y él también! ¿Os ha confesado la causa de su tristeza?

ANA. No, hija mía, ó se cree tu hermano demasiado culpable, ó no conoce el corazón de sus padres.

ISAB. ¿Qué decís? Esas reconvenciones van á aumentar su aflicción. (*A su hermano.*) ¿Sabes que ha llegado Eduardo?

PAT. Sí, Isabel, y participo en esta ocasión de tu alegría.

ISAB. Estamos disponiendo una función: espero que no nos dejarás hoy... ¡Oh! Yo te lo suplico por Eduardo y por mí.

PAT. ¡Por tí! Sí, Isabel, me quedaré: seré testigo de tu felicidad y de la de mi tierna madre.

ISAB. (*A su madre.*) ¿Lo veis? Cede á una sola palabra que le he dicho. Pero venid, venid, porque, aunque me habéis cedido hoy toda vuestra autoridad, aun hacéis falta para disponer una porción de cosas.

ANA. (*A Patricio.*) Hijo mío, nada exijo de tí: pero ten compasión de tu padre; ocúltale tu pena, ó descúbrele la causa francamente.

(*Se entra con Isabel en la casa. Se ve á Dermod venir hacia el jardín.*)

ESCENA X

PATRICIO, DERMOD

PAT. Mi madre tiene razón, ya es tiempo de poner término á mis pesares; pero, ¿cómo revelar la causa? ¡Oh, si el padre de Hortensia consintiese! Entonces se lo confesaría todo á mi padre. Pero si es preciso renegar... (*Dermod entra.*) ¡Cielos! Entonces ya está decidida mi suerte.

DERM. (*Lentamente.*) ¡Solo está! Vamos, es preciso triunfar.

PAT. No me atrevo á preguntarle...

DERM. Amigo mío, os traigo temblando la respuesta que yo temía.

PAT. ¿Rehusan mis ofertas?

DERM. En cuanto llegué, toda la familia se reunió, y el temor y la impaciencia estaban pintados en las miradas que todos me dirigían. Saqué la carta fatal, y, faltándome el ánimo para hablar, la entregué silenciosa-

mente á su padre. Disculpadme si no entro en los pormenores de una escena harto dolorosa; la conmoción que siento todavía os dice lo bastante.

PAT. ¿Conque ya no hay esperanzas?

DERM. ¡Ninguna! Hortensia, abandonada al sentimiento, se ha decidido á ocultarse en un retiro; allí perecerán sin duda, víctimas del dolor, su juventud y su hermosura, y desaparecerán para siempre á los ojos de los hombres.

PAT. (*En la mayor desesperación.*) ¡Hortensia, Hortensia!

DERM. (*Con energía.*) ¡Desdichado! ¿Y habéis de ser vos mismo su verdugo? En la flor de su juventud, adornada de todas las gracias, ardiendo por vos en el más fino amor, ¡la llevaréis á la tumba vos mismo con vuestras propias manos! No, nunca ha podido ella creerlo, ¡su corazón, su mismo amor la impiden acusaros de tanta crueldad! sus miradas me lo decían al separarme de ella, y en fin, ¡yo mismo quiero ver cómo os atreveréis á llevar á cabo tan horrendo crimen! Dejemos á otros corazones más insensibles enredarse en vanas discusiones; yo apelo de vos mismo, á vuestra propia conciencia, á la voz de la naturaleza, que resuena ya en vuestra alma. ¿Os manda Dios que inmoléis sin piedad á la criatura más perfecta? ¿Manda que bajéis los dos al sepulcro en lo mejor de vuestra vida? ¿Y cuándo? ¡Ah! amigo mío, ¿no conocéis que ese sentimiento que llena vuestra alma si no os decidís amargará vuestra existencia? Triunfad de vuestro terror, ceded á su imperio. Venid, venid á restituir la felicidad á una familia desesperada, venid á contemplar vos mismo aquella víctima sensible que muere si la abandonáis, y á quien una sola palabra vuestra puede salvar todavía de la tumba que la espera, y muy en breve... Venid. (*Procura arrastrarle.*)

PAT. ¡Ah! ¿Qué es lo que me mandáis?

DERM. Que sigáis los impulsos de vuestro corazón.

PAT. ¡Mi corazón! Si me atreviese á seguirlos, ya estaría á los pies de Hortensia; pero ¡abjurar! Dios mío, ¿con qué cara se lo confesaré á mi padre? ¿Cómo arrostrar sus miradas, su indignación tal vez? Amigo mío, nunca, nunca me atreveré.

DERM. ¿Nunca os atreveréis? Basta, ya he leído